

Reconfiguración del capitalismo en el siglo XXI: crisis de hegemonía, capital digital y nueva división internacional del trabajo

El capitalismo contemporáneo ha experimentado mutaciones profundas en su morfología externa, aunque su esencia ontológica permanece inalterada: continúa siendo un modo de producción basado de manera irreducible en la explotación de la fuerza de trabajo vivo, un sistema engendrado entre los siglos XV y XVII cuyas estructuras técnicas, institucionales y superestructurales se han tornado radicalmente más complejas e intrincadas en el primer tercio del siglo XXI.

En la actualidad, asistimos al quiebre definitivo de la fase de desarrollo conocida como globalización neoliberal —vigente desde la década de 1970—, la cual se había cimentado sobre los pilares de la internacionalización desbocada del capital, la proletarianización generalizada, la hegemonía indiscutible de los Estados Unidos, la expansión del mercado mundial, la financiarización especulativa, el extractivismo agresivo y la articulación de cadenas globales de valor. La fractura de este orden neoliberal entraña una reorganización sistémica que se manifiesta en la disputa geopolítica por la supremacía mundial, el reparto de nuevas zonas de influencia y una tendencia hacia la regionalización de las cadenas de suministro, producción y comercialización.

La transición hacia una economía vertebrada por bloques regionales de poder se ilustra nítidamente en el desplazamiento del polo de producción y manufactura mundial desde América del Norte y la Unión Europea

hacia el sudeste asiático, que tiene como principal epicentro a la República Popular China. En dicho escenario de recomposición geográfica, el capital digital se erige como la punta de lanza de la nueva ola de acumulación y, eventualmente, como la forma dominante del comando capitalista a escala planetaria.

Desde la crítica de economía política es imperativo desmitificar el fetichismo tecnológico que reduce este fenómeno a un mero aparejo sofisticado o a una entidad virtual suspendida en la abstracción de “la nube”; por el contrario, el capital digital debe comprenderse como una relación social de producción de nuevo tipo, donde el eje de la valorización y la búsqueda de plusvalor extraordinario giran en torno a la industria inteligente y a plataformas sociotécnicas impulsadas por la inteligencia artificial, el procesamiento masivo de datos, la robótica avanzada y la computación cuántica.

Paradójicamente, la aparente inmaterialidad de este paradigma digital descansa sobre una densa base material y ecológica que altera la estructura química del capitalismo global. Lejos de una desmaterialización de la economía, se observa la persistencia del patrón energético fósil —gas, petróleo y derivados— en coexistencia con una lenta e insuficiente transición hacia fuentes renovables, al tiempo que se profundiza de forma violenta la extracción de metales industriales, minerales preciosos y tierras raras indispensables para el *hardware* de vanguardia. Esta infraestructura digital e industrial reclama ingentes cantidades de agua, electricidad y materias primas estratégicas, proyectando su lógica extractivista incluso hacia un nuevo orden agroalimentario mundial. Este orden se caracteriza por el acaparamiento de tierras por parte de grandes fondos de inversión y el despliegue de una «segunda revolución verde» (biotecnología, robótica e inteligencia artificial) donde la renta tecnológica

monopólica —derivada del control de semillas patentadas, agroquímicos y plataformas de precisión— desplaza en importancia a la tradicional renta del suelo, lo cual consolida estructuras de monopsonio y redes logísticas altamente centralizadas.

A pesar de la sofisticación algorítmica y la automatización de procesos, la fuerza de sustentación de todo este andamiaje sigue siendo la clase trabajadora, cuya fisonomía en los mercados laborales globales evidencia una expansión de la proletarización combinada con dinámicas extremas de precarización, tales como la desindicalización, la subcontratación, la informalidad estructural y la devaluación salarial crónica. Los flujos de migración laboral internacional operan como un paliativo ante la asimetría global, mientras se yergue la amenaza inminente de un desempleo estructural masivo provocado por la nueva ola de automatización avanzada, un desplazamiento de trabajo vivo que difícilmente será compensado por la creación de nuevos empleos en el sector tecnológico. De este modo, la gestión algorítmica de las plataformas no elimina el conflicto capital-trabajo, sino que lo extrema al subordinar el intelecto social a los tiempos de rotación de la maquinaria digital.

En el plano de las relaciones internacionales, la tensión interimperialista define un mapa del poder mundial en constante disputa, donde el centenario bloque imperialista de Occidente se enfrenta a la emergencia de nuevos actores de peso global, específicamente China y Rusia, los cuales extraen riqueza y plusvalor de sus respectivas zonas de influencia. Esta calma tensa entre los polos hegemónicos (principalmente Estados Unidos *versus* China, con la Unión Europea y Rusia como actores secundarios) se dirime no sólo en guerras de conquista y conflictos armados regionales, sino también en el terreno geoeconómico a través de una desdolarización

relativa del comercio bilateral mediante el uso de una canasta de monedas alternativas (yuan, rupia, rublo) y la construcción de arquitecturas financieras alternativas al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial, tales como el Banco de los BRICS y el sistema de pagos *BRICS Pay* frente al monopolio del SWIFT.

Esta pugna por un nuevo orden mundial multipolar redibuja la división internacional del trabajo bajo el capitalismo digital, lo que instituye nuevas periferias geográficas y zonas de sacrificio: África se consolida como la gran periferia proveedora de materias primas para el gigante asiático; América Latina se reconfigura como un territorio en abierta disputa geopolítica entre los bloques competidores; y el Oriente Medio permanece bajo el asedio de conflictos militares cruzados debido a sus determinantes reservas petrolíferas. Al interior de estas dinámicas, la burguesía global opera de forma fragmentada: mientras una facción ideológica busca legitimar el orden sistémico en los campos de la teoría, la política y el derecho internacional; una burguesía práctica encabeza las transformaciones científicas y productivas esenciales para restaurar la tasa de ganancia, demostrando incluso la capacidad de cooptar y desviar los movimientos populares mediante el reformismo institucional y el conciliacionismo de clase.

En última instancia, la reconfiguración del capitalismo en el siglo XXI actualiza la clásica contradicción dialéctica entre el progreso de las fuerzas productivas técnicas y la barbarie de las relaciones sociales de producción, donde el avance de la alta tecnología, lejos de emancipar a la sociedad, acelera la precarización humana, la devastación ecológica y la violencia geopolítica global.